

Simón (Chocrón-Cabrujas)

CARMELO VILDA

El Bicentenario del natalicio de Bolívar ha motivado dos montajes teatrales. En marzo de 1982, se representa en Caracas con bombos y platillos el Bolívar de Rajatabla. Un mes antes se había estrenado en Maracaibo y, como se presagiaba, generó polémicas. Ahora, un año más tarde, SIMON de Chocrón-Cabrujas, reasume el tema-Bolívar como proposición teatral. Se trata de un espectáculo con pretensiones modestas. No se vio precedido, como el de Rajatabla, de una campaña publicitaria ni por declaraciones preliminares. Una sola escenografía, un montaje sobrio, realista y una personal experiencia reflexiva como eje de la gestación:

"No recuerdo muy bien por qué motivo me puse a leer una de tantas biografías de Bolívar. Confieso mi gran ignorancia sobre los pormenores de nuestro máximo héroe. Quizás fue por eso que me atrajo mucho el año entre 1804 y 1805 cuando él, un joven de 21 años, llega a París desesperado y, gracias a su encuentro con Simón Rodríguez quien da los consejos, no carece de confusión y muy por el contrario, se enreda más fatalmente que su discípulo. Nunca llegará a precisar una meta. Simón vs. Simón: surgió mi texto". (Programa de Presentación).

El montaje de Rajatabla se ciñe a los diez últimos días del Libertador, "al que al enfrentarse a la muerte debate consigo mismo y en conciencia su conducta y los resultados de su lucha". El SIMON de Chocrón abarca un año, el periplo que arranca desde el encuentro en París con el otro Simón, su antiguo preceptor caraqueño, hasta la aceptación jurada de la misión libertadora. Abraza un año de tanteos, debilidades, búsquedas, frustraciones amorosas y coqueteos burgueses. Un año de malabarismos sobre el trapecio de una vocación providencial que estuvo a punto

de malograrse.

Las diferencias entre las dos propuestas son más contundentes que las sugeridas por las diversas edades o situaciones aludidas. Radican en el abordaje, en el estilo. El Bolívar de Rajatabla es producto de adiciones, adherencias y amontonamientos que entorpecen el ritmo, la claridad, matan la comunicación o al menos la distraen. El SIMON de Chocrón-Cabrujas, por el contrario, implica un proceso de sustracción, decantamiento y simplificación. Aprieta con los músculos de la estructura interna y así llega a la entraña donde anida tersa y nítida la claridad escénica. Rajatabla maneja clichés contra clichés en batalla campal en la que las frases luchan contra las frases y los dichos. Chocrón renuncia a la épica, huye los estereotipos y apoteogmas. En vez de representar, presenta, analiza, desmitologiza.

TEXTO Y CONTEXTO

Habitación de Simón Rodríguez en París. Los muebles, decoración, libros y ambientación general sugieren la época. El Maestro sesteaba en una butaca. Sobre las piernas permanece boquiabierto el "Emilio" de Rousseau. Se le cayó de las manos durante la primera duermevela. En esta circunstancia lo sorprende Bolívar. Curioseaba primero los estantes, códices, cartas y evoca mientras tanto con nostalgia recuerdos compartidos. Todo lento, pausado, en silencio. Por fin lo despierta. La efusividad del reencuentro y la ternura segregada proclaman que después de nueve años todavía se sienten vinculados por una amistad muy íntima.

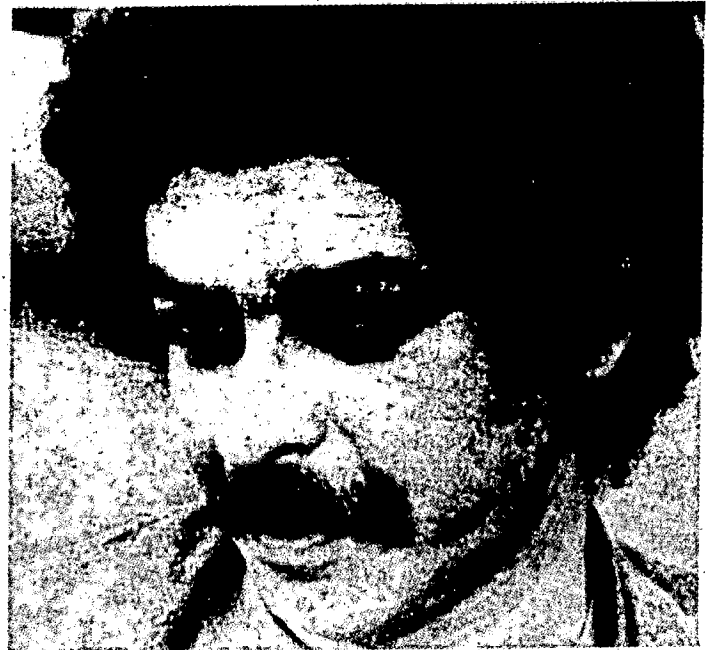
Y comienza el diálogo, la contrastación espiritual entre dos amigos que van entretejiendo su pasado y discuten las respectivas aspiraciones en un espacio dramático de intensa interiori-

dad. Nunca llegan al diálogo ideológico, aunque lo rozan, ni al proceso discursivo o a planteamiento de situaciones consagradas porque la palabra brota expansiva, con llaneza y expresa más que ideas, iras, sentimientos, temores, envidia. Nunca tampoco los conceptos o lo aleccionador apabullan a los personajes ni mucho menos los perfiles que la sedimentación litúrgica ha dibujado en la tradición cultural.

En Rodríguez resalta la excentricidad, cosmopolitismo, la conciencia libertaria. Bolívar aparece como joven pitoco que ha ido a París para olvidar su reciente viudez. No hay monólogos ni proclamas sino conversación y frecuentes silencios digestivos que intensifican la atmósfera. El ritmo es lento pero el diálogo muy ágil. A través de la palabra se van identificando los protagonistas con sus respectivos proyectos de vida y bagajes. No son próceres ni se han subido al caballo de la gloria. Hay llaneza, equilibrio, armonía y ternura en el texto. Hay, sobre todo, vida, vida que embalsama las ideas, añoranzas e intuiciones. Es esa vida, sabia de lo cotidiano, que difumina las distancias entre autor, actor y público. El texto busca lo diminuto de lo epónimo, lo más acá y humano de los personajes embalsamados por la liturgia patriótica. Lo heroico es sólo la música, la Heroica de Beethoven que inicia, ambienta y cierra cada una de las cuatro escenas estructuradas en cronología lineal.

Hay coherencia y crecimiento desde la primera confrontación (amistad reasumida) hasta las discusiones sobre "cómo vivir en libertad" o la aceptación final de la misión emancipadora mediante el juramento del Monte Sacro en Roma. Este último acto "es el paso de Bolívar a la estatua" (L. Azparren), la entrega de Simón a los adoradores. Y en medio del principio y fin, las debilidades, desorientación, oscuridad e incertidumbre de uno y otro. Bolívar no termina de enjuagar su vocación ni interiorizar algún proyecto que tenga que ver con la patria todavía colonial. Rodríguez, por su parte, echa en falta seguridad y permanencia, alguien que se atreva a ejecutar sus ideas. ¿Qué hacer? Salir a la calle, salir a la vida, atreverse a vivir y cargar con la responsabilidad de crear "libertades".

Texto:	Isaac Chocrón
Dirección:	José Ignacio Cabrujas
Actores:	Fausto Verdial - Flávio Caballero
Producción:	Esther Bustamante
Escenografía:	John Lange
Música:	La Heroica de Beethoven
Estreno:	Sala "Juana Sujo" - marzo - 1983



Isaac Chocrón y José Ignacio Cabrujas

Luchar contra la costumbre, las convenciones y decaimientos. La historia, la vida, la calle, ¡la realidad asumida! dibujarán el boceto del hombre que, según Humboldt, necesita América para rescatar la independencia.

Texto y contexto armónicos, sinuosamente sugestivos, siempre oscilantes sobre el filo de lo conflictivo, sin fisuras ni distracciones ornamentales a pesar de las crispaciones y embestidas que vierten en escena la experiencia de los dos Simones entrañablemente amigos. Las tres escenas del primer acto son más ligeras, fluidas y teatrales. La segunda parte más erecta y recargada. Es cuando los dos "Simones" comienzan a ponerse las comillas y adoptan talante más solemne.

El crítico L. Azparren enfoca la obra en torno al tema chocrónico de la amistad y resalta a la vez la intención desmitologizadora del texto, la novedad de que la música marque el ritmo de la obra y la confesionalidad teísta de un Rodríguez que nos lo habían presentado siempre como agnóstico y la duda como eje dramático:

"Chocrón se esfuerza en, concentrar el drama en la duda, en el presentimiento, en el temor, en la esperanza nebulosa. Por eso la obra siempre está en un terreno peligroso. Es el primer intento de un drama venezolano de sobreponerse a lo sabido y a lo obvio de la historia; es el primer intento de discutir lo presumible. Este esfuerzo de Chocrón se mantiene tenso y, es necesario decirlo, no puede

traspasar del todo la pesada carga de los perfiles con que la cultura ha empobrecido a ambos héroes". (Diario de Caracas - 7-3-83).

LA EFICACIA DE LA NATURALIDAD

Sin fuegos artificiales, sin exasperaciones ni expresionismos abultadores SIMON nos cuenta la historia de una amistad (tema muy chocrónico) importante para la patria. Y a la vez demuestra que el teatro es imagen y presentación pero también texto y pensamiento. Es evidente que no es lo mismo enfocar el interés en el Bolívar agónico de Santa Marta que en el del patiquín de París. No es lo mismo pero no por eso se deben romper los linderos de lo humano y llegar al esperpento artificioso. Para entender el mensaje de SIMON no es preciso vadear mares de códigos ni usar teleobjetivos visuales o roturar selvas retóricas. La atmósfera dramática se sustancia, cuando explotan sus propios elementos sin necesidad de utilería goyesca. No hay oratoria ni grandilocuencia, no hay coherencia ni símbolos patriotericos que atosiguen los significados. Texto y contexto fieles a sí mismos, sobre los pilares de lo humano. El interés no brota de generadores ajenos o mecanismos prestados, brota desde dentro, desde la desnudez del devaluamiento y la naturalidad de los acontecimientos contados. Un proceso de recarga obstaculizó la luminosidad expresiva del BOLIVAR de Rajatabla. Un proceso de poda y depuración agiliza y robustece la fuerza significativa de SIMON.

No existe tampoco lenguajes inflamados ni códigos gastados o artificios formalistas. La naturalidad sin afectación, sin impostación, constituye precisamente la fuerza transgresora de SIMON. Por eso es más hiriente, más conspirador, más vivo y humano, más Bolívar que el idealizado por la parafernalia de Rajatabla. Es como pasar del Bolívar pithecanthropus erectus de hornacina al Bolívar de la historia. Precisamente por esto el SIMON de Chocrón molesta más, increpa y magnetiza más nuestra conciencia. Un Bolívar sifrino, nostálgico de su esposa recientemente fallecida, un Bolívar todavía español, catador de vinos y flirteador en París, un Bolívar decaído que duda, consulta y busca, un Bolívar sin los estigmas de misión, rompe los cánones del bolivarismo oficial. La última escena, la unción providencialista en el Monte Sacro, resulta por eso la más formalista. Constituye el tributo que el autor debe pagar a la imagería heroica. Sólo ahí Bolívar y Rodríguez se transforman en "personajes".

La fidelidad a esta historia de lo probable y verosímil, a esta tesitura antihierática en diálogo reflexivo con las interpelaciones de Rodríguez, recorta la figura de un Bolívar más atractivo y humano que el de Mi Delirio Sobre el Chimborazo. También más provocador y revulsivo. ¿Y no fue eso Simón Bolívar, es decir, un agitado revolucionario... y no lo fue igualmente hasta la muerte el profundo, denso y trashumante Simón Rodríguez?